

## PROGRESO, PROGRESISMO Y DESARROLLO

POR

ARMANDO MARCHANTE GIL

### La palabra, don divino.

Hay términos y frases cuyo desgaste es de tal profundidad que los hacen imposibles para una consideración seria y racional de los contenidos que tratan de transmitirnos. Tal situación se está considerando cada vez más como un dato de hecho que debemos aceptar con una resignación absoluta y total, es decir, sin reaccionar de ninguna manera contra esta degradación del lenguaje. La palabra pasa de ser vehículo de comunicación y entendimiento a convertirse en instrumento de engaño y, en definitiva, de desintegración de la vida social y, a la larga, de la propia condición humana creada para la vida en sociedad y de relación con sus semejantes. No en vano, el lenguaje supuso, si atendemos sólo a lo biológico, la separación definitiva de la raza humana del resto del mundo animal.

Cuando Juan nos presenta a Cristo, nos dice que «Al principio ya existía la Palabra. La Palabra estaba en Dios, y la Palabra era Dios» (*Jn.* I, 1.). Cristo es, pues, la Palabra eterna de Dios. San Pablo nos dice de Cristo, Hijo de Dios, «que, siendo resplandor de su gloria e imagen perfecta de su ser, sostiene todas las cosas con su palabra poderosa» (*Heb.* I, 3.).

Podemos pensar que la palabra tiene algo de divino y por eso cuando Dios crea al hombre a su imagen y semejanza le da, entre otros muchos dones, la palabra. ¡Qué enorme respeto nos deben merecer la palabras!

En su *Discurso del método* Descartes insiste en que «los hombres buscan signos claros e inconfundibles para expresar sus

ideas claras y distintas. La claridad interior hace que nazca la claridad exterior». De ello nosotros podemos inferir que cuando el lenguaje se convierte por algunos en una jerga ininteligible sólo es posible explicarlo de dos maneras. O bien el tal o los tales no tienen claridad interior, es decir, primero ideas y después claras, o estamos en presencia de embaucadores que tratan de confundirnos y engañarnos. En estos tiempos de tanto dirigente «carismático», tal supuesto carisma suele ir unido a la capacidad de embaucamiento de aquellos sujetos.

Afirmaba Gustave Thibon que «en el mundo actual las palabras llevan consigo tal resonancia afectiva que acabamos por olvidar su verdadero sentido». Lo que ocurre es que las palabras en cierto modo, según creían los griegos, forman parte de la esencia de las cosas, por lo que en su origen no cabe que una palabra exprese otra cosa que un concepto bien delimitado, especialmente si se trata de un concepto abstracto. Con el paso del tiempo aparece un desgaste o un acarreo de significados y matices diversos que van desvirtuando lo que fue un concepto claro y concreto cargando el vocablo de otros contenidos que le pueden apartar notablemente de su esencia y significación pristina. El tiempo y los hombres todo lo destruyen y a esta ley tampoco se escapan las palabras.

Por ello es necesario esforzarse para dar a cada palabra el verdadero sentido que tenía cuando nació, si queremos obtener el máximo fruto de la principal herramienta del hombre que es el lenguaje. La palabra pone en marcha a la vez la inteligencia propia y la ajena permitiendo el avance del conocimiento humano en todos los terrenos, tanto en el científico y técnico como en el humanístico.

El problema surge cuando no es el paso del tiempo el que produce el desgaste de la palabra sino que es la malicia de los hombres la que atenta contra el instrumento de comunicación que es el lenguaje. Con la aparición en la historia de ese fruto de la Revolución que fueron los llamados regímenes de opinión, la tentación de utilizar el lenguaje para confundir y no para aclarar y enseñar, alcanzó niveles que no tenían precedentes. La manipulación del lenguaje, su empleo como arma arrojadiza y su transfor-

mación en instrumento de engaño y confusión en masa son uno de los frutos nefastos de los revolucionarios de 1789 y de todos cuantos han seguido sus huellas. Con la aparición de los llamados modernamente medios de comunicación social, la prostitución del lenguaje ha alcanzado cimas altísimas y es difícil saber hasta donde se puede llegar todavía, pero sí sabemos de aquella máxima, tan insistentemente aplicada en los casi desaparecidos regímenes marxistas, según la cual la repetición insistente de una mentira llega a convertirse en verdad ¡Qué mayor prostitución de la palabra!

### El progreso como mito.

Entre las palabras-mito heredadas del siglo XIX destaca por su continuidad en el tiempo y por su capacidad camaleónica el vocablo «progreso» y su derivado «progresismo».

Cuando ya el intelecto se mareaba al ver el uso sistemático de la palabra progreso para encubrir las mercancías más averiadas es preciso hacer el esfuerzo necesario para colocar las cosas en su lugar. Inicialmente habrá que acudir a los diccionarios, aunque sólo sea para una primera aproximación a la realidad que se trata de describir. En ellos el progreso se define como la acción de ir hacia adelante y se completa con las ideas de perfeccionamiento, avance y adelantamiento. El diccionario Longman de la lengua inglesa fija la definición de progreso como «un supuesto ascenso o perfección gradual en la condición de la humanidad, especialmente desde el punto de vista científico o material». Subrayemos dos notas en estas definiciones. La primera es que ninguna identifica de forma absoluta el progreso con mejora de la condición humana y la segunda es que, implícita o explícitamente, se hace referencia al avance científico y material, por lo que resulta lícito preguntarse si la idea de progreso se reduce sólo al avance material o si lleva consigo alguna connotación de carácter moral o espiritual.

Por otra parte, no siempre el progreso puede ser bienvenido. A nadie que padezca una enfermedad se le puede pedir albricias al enterarse de que su enfermedad progresa. Incluso ante descubri-

mientos científicos que inicialmente parecen suponer una mejora para el hombre, poco tiempo después se llega a descubrir que tal progreso puede llevar consigo la pérdida de valores muy superiores al avance conseguido.

Hay que señalar que esta utopía del progreso permanente e ilimitado nace en la segunda mitad del siglo XVIII, tiempo en que se llegó a creer, por primera vez en la historia de la humanidad, que el progreso era algo natural y espontáneo y que no exigía ni la fijación de las metas que se propone alcanzar ni esfuerzo alguno para lograrlas. Era una concepción mecanicista que ha llegado hasta nuestros días. Incluso hace más de una década el Club de Roma tuvo que pronunciarse acerca de la imposibilidad de mantener un progreso material y económico sostenido e indefinido, dada la limitación de recursos de nuestro planeta. Y eso que se refería exclusivamente a esa limitada y rechazable concepción del progreso como una mejora puramente material de las condiciones de vida del hombre sobre la tierra. Por otro lado, las crisis cíclicas de la actividad económica están poniendo de relieve la inanidad de esta concepción voluntarista y mecanicista.

Incluso ya en el siglo XVIII, Giambattista Vico en *La Scienza Nuova* (1725) mantenía una concepción muy alejada de la creencia en el progreso como algo ineluctable; muy al contrario entendía que «los principios de la historia ideal eterna que recorren en su momento todas las naciones son el nacimiento, el progreso, la estabilización, la decadencia y su final». Como puede verse ideas bien lejanas de la concepción del progreso como dirección única de la historia humana. Subrayemos a este propósito cómo el marxismo-leninismo ha sido la última doctrina que ha sostenido esta tesis. Bastará para demostrarlo acudir simplemente a la memoria reciente llena de formulaciones sobre el que llamaban «viento de la historia» forzado a soplar siempre en la misma dirección del «progreso», entendiendo por tal la implantación, incluso en el pensamiento y teología católica, de la aberrante concepción del hombre y de la historia sostenida por Marx y sus epígonos, de los cuales, por cierto, aún tenemos que sufrir su desfachatez a pesar del hundimiento en el más absoluto fracaso y ludibrio histórico,

con su cortejo de millones de víctimas y tremendo sufrimiento humano, del que llamaban «socialismo real».

Tal concepción de Vico no era sino la percepción de que toda la historia de la humanidad no es rectilínea, sino zigzagueante y que nada garantiza la inexistencia de vueltas atrás, retrocesos, caídas y pérdidas de las cotas alcanzadas en términos de civilización y dignidad humana. En estos años posteriores a la caída de los regímenes del «socialismo real» estamos asistiendo en el mismo corazón de Europa y fuera de ella a espectáculos que suponen un tremendo retroceso en el reconocimiento de la dignidad y derechos humanos, frente a los cuales sólo se alza la voz del Pontífice sin que ni las naciones europeas ni las organizaciones internacionales sean capaces de impedir, o al menos frenar, tales atrocidades. ¿Es esto un progreso?

Aquel excelentísimo poeta y gran caballero que fue Jorge Manrique, supo expresarlo en el siglo xv de forma magistral con aquellos espléndidos versos:

«cómo, a nuestro parecer,  
cualquiera tiempo pasado  
fue mejor».

No se pronuncia el poeta acerca de si el tiempo pasado fue mejor o peor, sino que nos deja en la duda razonable entre la realidad y nuestro parecer. Ejemplo que deberían seguir nuestros coetáneos del cambio por el cambio y el movimiento hacia donde sea, sin preguntarse jamás si nos acercamos hacia la perfección del hombre creado a imagen y semejanza de Dios o nos alejamos de ella.

### Progreso y desarrollo.

No niego la existencia de progreso. Muy al contrario; lo único que afirmo es que el progreso, para que sea tal, supone la existencia de una meta prefijada en términos de acercamiento al fin del hombre, que no es otro que Dios. Aceptado esto, es evidente

que si el llamado progreso busca una meta que aleja al hombre de Dios, no se puede llamar a tal cosa progreso puesto que se trata, pura y simplemente, de un retroceso. Retroceso que puede ser más o menos acusado según lo que se haya fijado como meta. Si, por ejemplo, el objeto del progreso consiste en asesinar inocentes (caso del aborto y de la eutanasia) es pacífico que tales leyes por mucho que se las quiera motejar de «progresistas» son simplemente un retroceso muy cercano a la barbarie.

Hay más. Entendido el progreso como todo aquello que acerca al hombre a su fin que es Dios —dicho en términos de catecismo: «El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios»— estaremos en presencia de un verdadero derecho al progreso cuyo titular es cada uno de los hombres y todos en su conjunto. El hombre tiene el derecho y la obligación de conocer y acercarse a Dios, tanto por sí como a través de todas las instituciones sociales. Por tanto, el progreso debe ser fruto de la libre elección del hombre que se dirige al Creador de quien procede, y para quien ha sido hecho. Aquí encontramos la verdadera dignidad del progreso rectamente entendido que es sencillamente el camino de la humanidad hacia Dios a lo largo de la historia.

Desgraciadamente en nuestro mundo no van por ahí las cosas. Se habla mucho de los derechos humanos y su conexión con el progreso, conexión que indiscutiblemente existe solo en cuanto los derechos humanos tengan su fundamentación en la naturaleza del hombre. A este respecto nuestro amigo Estanislao Cantero ha hecho una importantísima aportación (*La concepción de los derechos humanos en Juan Pablo II*, Ed. Speiro, 1990) cuando, al exponer el tema indicado, pone en evidencia la conexión estrecha existente entre la efectiva realización del hombre como persona humana, su propia dignidad y los llamados derechos humanos que nunca pueden incluir el derecho al mal moral, por mucho que este último se quiera disfrazar de progreso.

Si acudimos a las fuentes de las enseñanzas pontificias a partir de la *Rerum novarum*, nos encontraremos con escasísimas menciones al concepto de «progreso»; incluso la *Populorum progressio*

se traduce en su versión oficial en español por *El desarrollo de los pueblos*, eludiendo de este modo la utilización de la palabra progreso, que se identifica con la idea de desarrollo. Tal vez ello indica un deseo expreso de evitar un concepto tan ambiguo como el de progreso que venimos examinando. La misma encíclica, al presentar la visión cristiana del desarrollo, dice: «... El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Por ser auténtico debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo hombre...», para añadir pocas líneas más adelante que: «... En los designios de Dios cada hombre está llamado a promover su propio progreso, porque la vida de todo hombre es una vocación dada por Dios para una misión concreta... Desde su nacimiento, ha sido dado a todos... un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar... (que) ... permitirá a cada uno orientarse hacia el destino, que le ha sido propuesto por el Creador. Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento lo mismo que de su salvación...».

En otro punto de la encíclica encontramos que: «... Decir desarrollo es, efectivamente, preocuparse tanto por el progreso social como por el crecimiento económico...»; y, un poco antes, Pablo VI señalaba que el hombre debe ser por sí mismo agente responsable de su mejora material, de su progreso moral y de su desarrollo espiritual. Se notará el cuidado que ponen los Pontífices al utilizar la palabra progreso a la que unen siempre un calificativo como para evitar confusiones y ambigüedades.

Pero en el propio texto de la *Octogesima adveniens* encontramos un amplio tratamiento del concepto progreso, al que inicialmente se tacha de ambiguo: «... Este mayor conocimiento del hombre permite criticar mejor y aclarar una noción fundamental que está en la base de las sociedades modernas, al mismo tiempo como móvil, como medida y como objeto: el progreso. A partir del siglo XIX, las sociedades occidentales y otras muchas al contacto con ellas han puesto su esperanza en un progreso, renovado sin cesar, ilimitado. Este progreso se les presentaba como el esfuerzo de liberación del hombre... el progreso se convierte en ideología omnipresente...». La descripción no puede ser más realista ni re-

flejar mejor la situación en que vivimos. Ahora bien, a continuación Pablo VI subraya enérgicamente que tal concepto del progreso no pasa de ser un espejismo en cuanto que el verdadero progreso está en el desarrollo de la conciencia moral que lleve al hombre a abrirse libremente a los demás y a Dios. Atención, pues, a no confundirnos con la ambigüedad —buscada casi siempre— del término progreso y a discernir bien qué es progreso y qué es retroceso. En este sentido podemos recoger unas recientes declaraciones del recién nombrado Presidente de la Conferencia Episcopal Española, monseñor Elías Yanes, en las que aludía a ese carácter confuso y ambiguo con que se tiñe siempre la palabra progreso.

Antes, Juan XXIII en la *Pacem in terris*, había aludido al progreso, pero refiriéndose exclusivamente al progreso científico. Así decía: «... Pero el progreso científico y los adelantos técnicos lo primero que demuestran es la grandeza infinita de Dios, creador del universo y del propio hombre...».

En realidad, al identificar novedades con progreso se está creando una tremenda confusión que utiliza para lograr sus fines la innata tendencia humana a buscar cambios y nuevas formas de vida que mejoren las condiciones en que se encuentran los hombres y las comunidades en cada momento histórico. Aquí tropezamos con otro mito, tan utilizado por los políticos mediocres, según el cual todo cambio es deseable y positivo. Convicción ésta que choca de plano con la más elemental experiencia de la vida y de la historia humana. Se olvidan con gran facilidad las regresiones sociales, personales e históricas que supusieron cambios como, por ejemplo, las invasiones bárbaras, los nacionalismos exacerbados en Europa o la revolución soviética. Así ha podido decir Juan Pablo II que «la historia no es simplemente un progreso necesario hacia lo mejor sino más bien un acontecimiento de libertad; más aún, un combate entre libertades».

Independientemente de todo lo antedicho, pudiéramos considerar que el mejor canon para medir el verdadero progreso sería determinar si, después de cada cambio propugnado y realizado, se ha registrado un avance real en cuanto a la dignidad de cada



hombre en la sociedad a la que pertenece, incluyendo en este avance un mejor reconocimiento y ejercicio de los derechos humanos, entendidos como lo hacen Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II, y si se han fortalecido los vínculos de solidaridad social entre quienes forman parte de la comunidad. Sin salir de nuestra Patria, tenemos recientes ejemplos que examinar a este respecto. Cada uno se responderá a sí mismo y determinará si ha habido progreso o retroceso, con medidas presentadas por sus autores como progresistas, independientemente de las cifras macroeconómicas, que se nos vienen ofreciendo como el mejor y único índice de progreso.

### Progresistas y conservadores.

Esta adoración del nuevo becerro de oro en forma de progreso ha dado lugar a la aparición de un tipo de hombre contemporáneo que ha venido a llamarse «progresista», cuya contrafigura sería el hombre «conservador». Vamos a dedicarles alguna atención.

Si volvemos a los diccionarios, encontramos definido al progresista como persona o colectividad de ideas avanzadas, con referencias al partido decimonónico que pretendía el desenvolvimiento de las libertades públicas y, en la actualidad, persona de ideas políticas y sociales avanzadas. Si para medir el avance es necesario tener una referencia, es evidente que una idea puede ser avanzada según y cual sea la referencia que empleemos. Por lo tanto, también aquí tropezamos de nuevo con la indeterminación y ambigüedad que, según he venido señalando, preside la idea de progreso y de todo cuanto con ella se relaciona. Por poner un ejemplo de actualidad, resulta que ser marxista hasta 1989 era lo más progresista, pero ahora resulta que, incluso sus antiguos compañeros de viaje, llaman conservadores a quienes en Rusia pretenden mantener o restaurar el sistema comunista. Algo parecido ocurre con los participantes en el llamado «mayo francés» de 1968 y sus simpatizantes que, llegados al poder, es han convertido en algo absolutamente superado y viejo, es decir, retrógrado.

Evidentemente, la palabra progresista es una de tantas cuantas ha aportado la lengua española al vocabulario político universal. En este caso, el mérito se debe al gran demagogo y resentido que fue Salustiano Olózaga, eterno tráfuga político, quien inventó el término para rebautizar a aquellos liberales que se autodenominaban «exaltados». Creyó Olózaga —esta vez con razón— que tal calificativo no era muy apropiado para atraerse las simpatías populares e inventó lo de «progresista» con un éxito que ni él mismo podía imaginar. Es decir, que, por una de esas bromas de la historia que suelen ignorar, los que hoy en día así se califican olvidan que hasta su nombre, y seguramente sus ideas, provienen de los primeros años del siglo XIX, que ya es progresar.

Nada nuevo bajo el sol, pues quienes, dentro de la Iglesia católica, promovieron, en los primeros años de la década del sesenta y, sobre todo, a partir de la terminación del II Concilio Vaticano, aquel movimiento denominado progresismo, cuyas consecuencias lamentables aún padecemos, no podían imaginar que su intento de trasfundir a la teología católica las ideas marxistas, según mostró certeramente, entre otros, Miguel Poradowski, había de terminar con el hundimiento treinta años después de toda la llamada praxis marxista en las más profunda de las simas históricas. Otro modo de progresar.

Armando Plebe en su *Filosofía della reazione*, describe tres tipos de hombre que designa con los términos de «conservador», «revolucionario» y «reaccionario». En el mundo de la Grecia clásica —dice— se definía la «vida de la contemplación» y la «vida de la acción». El primer tipo de hombre considera más importante conocer lo que le rodea que tratar de modificarlo, en tanto que el hombre que intenta modificar su entorno es revolucionario en mayor o menor grado, pues no se puede actuar sobre lo que nos rodea sin cambiar algo de ello. Los estoicos descubrieron la «vida intelectual», cuyos cultivadores consideran que los conservadores pierden su tiempo contemplando todo pero sin comprender nada; en cuanto a los revolucionarios serían simplemente hombres que creen actuar por impulso propio cuando, en realidad, actúan siguiendo los impulsos de otros o, simplemente, movidos por sus

propias pasiones. El ideal sería, pues, actuar reflexivamente. Esto es lo que Plebe entiende como «reacción», grupo en el que Plebe sitúa al mismísimo Platón cuando escribe en su Carta Séptima dirigiéndose a Dionisio II tirano de Siracusa y a su oponente Dión, quienes pedían al filósofo su mediación en el conflicto que les oponía: «Estaré con vosotros el día en que sintáis necesidad de hacer las paces y queráis hacer algo bueno; pero en tanto que sólo queráis haceros daño, dirigiros a otro».

Pero, volviendo atrás, ¿cuáles son los impulsos que guían a los progresistas? Podemos señalar varios. El primero puede ser la moda, inspiradora poco noble de tantas acciones humanas. En ella encajan perfectamente tantas exhibiciones de protesta sin ningún sentido, la tendencia al caos y a la indisciplina social, la negación o discusión de toda autoridad, la exaltación de la incompetencia, la falta de respeto a los valores sólidamente establecidos por la experiencia anterior, el snobismo y tantas y tantas actitudes carentes del mínimo fundamento racional con que nos encontramos a cada paso.

Otro agente manipulador es la neurosis, traducida en la huida de la realidad para rechazar el presente y el pasado —defendidos por el conservadutismo— y refugiarse en un futuro imaginado por el progresismo en una verdadera fuga hacia adelante que suele llevar al fracaso cuando no a la catástrofe. Neurosis reveladora de una gran debilidad de espíritu que se quiere enmascarar tras ideas de progreso.

Tenía que llegar la segunda mitad de nuestro siglo para que el progresismo político y social arraigase en determinados sectores eclesiásticos como una inactual trasposición del modernismo del siglo XIX, una y otra vez, censurado por los Pontífices de la época. Aunque se atribuye su floración —por así decirlo— al II Concilio Vaticano, lo cierto es que sus orígenes son anteriores y se remontan al final de la II Guerra Mundial con la aparición de movimientos como Pax y los sacerdotes obreros. Su trasplante a Hispanoamérica dio lugar al nacimiento de la teología de la liberación, que no es propiamente autóctona sino que remite a movimientos

teológicos centroeuropeos en cuya trasmisión a tierras americanas han tenido no poca parte clérigos españoles.

Pablo VI en *Ecclesiam suam*, escrita en 1964, es decir, en pleno Concilio, ya tuvo que recordar y poner en guardia los fieles ante «el fenómeno modernista que todavía aflora en varias tentativas de expresiones heterogéneas con la auténtica realidad de la religión católica...». Y, aludiendo a las reformas entonces en estudio por el Concilio, decía el Papa: «... Así que, sobre este punto, si se puede hablar de reforma, no se debe entender cambio, sino más bien confirmación en el empeño de mantener a la Iglesia con la fisonomía que Cristo la imprimió...».

En fin, atendiendo a la máxima evangélica, al progresismo eclesialístico le tenemos que conocer por sus frutos, y sus frutos están ahí a la luz del día e incluso de la estadística religiosa. El juicio que de ello resulta es contundente.

### Conclusión.

La idea de progreso como una constante necesaria de la historia del hombre aparece por primera vez de la mano de los ilustrados del siglo XVIII. Si en sus orígenes la Ilustración se refería esencialmente al avance científico y técnico, pronto apareció el progresismo político que hizo del progreso, entendido esencialmente como la máxima realización humana, una verdadera religión a la que todo había de someterse.

Por el contrario, la Iglesia católica ha señalado siempre, de una u otra forma, que el llamado progreso no lo es tal, si el desarrollo del orden social no está subordinado en todo momento al bien de la persona y que ese bien tiene su último fundamento en la dignidad del hombre creado por Dios a su imagen y semejanza.

La visión cristiana sólo puede considerar el progreso técnico y científico como un medio al servicio del desarrollo integral del hombre que lleva al reconocimiento por todos y cada uno de los hombres de su fin y destino último que es Dios Creador. Por decirlo mejor: «... el punto culminante del desarrollo conlleva al

ejercicio del derecho-deber de buscar a Dios, conocerlo, y vivir según tal conocimiento...» (*Centesimus annus*, 29). Nada tiene que ver esta actitud del cristiano con el progresismo constituido en una verdadera caricatura del pensamiento cristiano.

En consecuencia, pongámonos en guardia cuando se nos proponen determinadas políticas o decisiones con el marchamo del progreso. Desconfiemos siempre de tales falsos progresos o progresistas, que nos presentan una vieja y desprestigiada imagen. Apostemos por el desarrollo integral del hombre y de la humanidad, siempre con referencia a los valores éticos cristianos. Que nunca el manto del progresismo nos haga olvidar que bajo él se nos ofrece una mercancía averiada, muy averiada. Vale.